

## ADIESTRANDO CABALLOS (II)

Por Jaime Jaramillo Vallejo, Ph.D.

En la anterior entrega habíamos visto cómo existe un conflicto entre el caballo y nosotros que casi siempre desemboca en violencia cuando queremos solucionarlo. De una parte, nosotros queremos poder manejar el taparito fácilmente y quizás montarlo para así poder utilizarlo para distintos fines. En otras palabras, queremos dominarlo. De otra parte, el caballo, en su simplismo existencial, sencillamente quiere comer, reproducirse y vivir tranquilamente. Es decir, quiere ser libre.

Durante miles de millones de años el conflicto se ha resuelto de una forma u otra, porque los caballos llevan conviviendo muy cercanamente con los humanos casi desde el comienzo de la humanidad; las pinturas rupestres de caballos dan fe de ello. Al final nosotros alimentamos y mimamos a los caballos, mientras que ellos nos adornan con su gracia y su lealtad y nos sirven de apoyo en nuestro trabajo y nuestras lides. Ninguna de las dos especies se ha extinguido, aunque algunos grupos si han desaparecido o han estado al borde de serlo. Como ocurrió con el antiguo caballo español que tanto valoraban los emperadores romanos. Pero, al final del día, seguimos conviviendo, siempre muy ilusionados con relación al resultado de esa convivencia. Entre otras cosas, porque los caballos nos hacen sentirnos como dioses cuando los montamos.

Lo extraño es que la tradición oral y escrita ha fallado una y otra vez en pasar de generación en generación la sabiduría sobre cómo encontrar una salida fácil y satisfactoria al conflicto. Pocos adiestradores de caballos han escuchado los consejos del gran Jenofonte y de los otros que le han encontrado “la comba

### *De Adiestrando Caballos (I):*

- Los paso finos son unos caballos muy nobles y, a pesar de su brío, pueden ser montados tranquilamente por cualquiera que los trate bien. Sin embargo, nuestro sistema tradicional de doma, tal y como se aplica en la mayoría de los casos, le daña el comportamiento a los animales.
- Los paso finos son excelentes discípulos y muy rápidamente aprenden bien sea a portarse bien o a portarse mal.
- El caballo criollo colombiano y muy especialmente el paso fino, fue un animal criado para poder recorrer largas distancias con la mayor comodidad y para trabajar con él.
- Franz Mairinger, de la Escuela Española en Viena, dice: “Si quiere saber cómo debe montarse el caballo, observe cómo se mueve él cuando está libre. [...] Obsérvelo con cuidado y note la belleza, el ritmo y la armonía de sus movimientos. Después, siéntese, cierre sus ojos y trate de imprimir esa imagen [...] en su mente y su corazón. Nunca la olvide. Porque esa es la manera como debe montar el caballo. Este es, en pocas palabras, todo el conocimiento del mundo sobre este tema y su objetivo como domador. Preserve sus pasos naturales. Preserve su personalidad. Preserve su instinto de avanzar hacia adelante. [...] Devuélvale su balance natural, con su peso adicional en el lomo. Esa es la esencia de la doma, el entrenamiento o el *dressage*, como el resto del mundo prefiere llamarlo.”
- La violencia en la doma fue la respuesta de los impacientes a la complejidad del proceso. En el fondo de la relación entre el jinete y su caballo hay un gran conflicto que es necesario resolver. La violencia es una vía. Pero no es la única y, ciertamente, es la peor.
- La otra vía para resolver el conflicto supone un acto de humildad de nuestra parte y una disposición para escuchar y comprender al caballo. Dice Monty Roberts: “Yo no le hablo a los caballos. Yo los escucho y, precisamente a través de escucharlos, ellos me escuchan a mí. Pero la conversación siempre comienza del lado de ellos—yo los tengo que escuchar antes de que ellos me escuchen. Todo lo que yo busco hacer es crear un ambiente en el cual ellos puedan aprender, donde, en vez de empujarles el conocimiento a ellos, yo pueda simplemente dar un paso atrás, ser el espectador, verlos aprender y maravillarme de cómo han sido capaces de enseñarme su lenguaje.”

al palo”. Y, tristemente, muchos son los taparitos y los supuestos domadores que han resultado perdedores en adiestramientos fallidos.

Como resalté en la entrega anterior, hay muchas maneras de resolver el conflicto creado por el choque entre la voluntad de sometimiento nuestra y los deseos de libertad del taparito. Todas ellas, sin embargo, tienen dos elementos en común. De una parte, quien las usa, lo hace en una forma *inteligente*: piensa muy bien qué es lo que tiene que hacer y cómo es que lo va a hacer. De otra parte, esa inteligencia hace su análisis y saca sus conclusiones basada en un *profundo conocimiento del caballo* y de su comportamiento. Por eso el adiestramiento de caballos no es como un recetario de cocina donde nos digan, por ejemplo, que para enseñarle a un taparo a voltear a la derecha se dan tres latigazos en el anca, un espuelazo en el costado izquierdo y un riendazo en el lado derecho, hasta observar sangre. Nada de eso. Los textos así, como el del padre de Monty Roberts, hoy son simples antigüedades curiosas.

Más bien, todo lo que hoy tenemos sobre adiestramiento insiste muchísimo en la necesidad de conocer a los caballos y el proceso mismo de aprendizaje. Y con admiración reconocemos que muchos son los adiestradores de caballos, que sin tantos pergaminos y sin siquiera saber qué diablos quiere decir “doma psicológica”, han obtenido resultados magníficos simplemente porque supieron combinar su aguda inteligencia con su cuidadosa observación. Donde el sistema tradicional ha terminado “tacando burro” es cuando quienes no tienen esa inteligencia y esa observación, simplemente aplican la “receta mágica”, muy esperanzados, eso sí, de obtener un resultado que realmente no entienden por qué es que debería pasar.

La gran complejidad del adiestramiento de los caballos parte de dos problemas fundamentales. El primero de ellos es que los caballos nos ven a los humanos como predadores. Somos carnívoros. En la antigüedad, la asociación entre el caballo y los humanos tenía un componente “alimenticio” para los “generosos” humanos que cuidaban de los caballos. Incluso hoy, en muchos países europeos, los caballos indómitos o de los cuales se quieren deshacer los dueños tienen salida muy reconocida, legal y expedita hacia los embutidos y las carnes especiales. Eso para no hablar de tornillos y cosas así. No debe extrañarnos, pues, que los caballitos nos miren el destello del colmillo carnívoro con preocupación y traten de salir despavoridos cuando tratamos de montarlos. En realidad, para que el caballo verdaderamente nos acepte con tranquilidad, debemos convencerlo de que nos acepte por la forma en la cual actuamos—sus amigos—y no por lo que realmente somos—sus predadores.

El segundo problema fundamental del adiestramiento de los caballos es la comunicación. Dentro del cúmulo de dones con los cuales mi Dios adornó al caballo, no se encuentra el habla. Si le hablamos a los caballos, sólo excepcionalmente nos entienden. Y, fuera del tal Mister Ed de la televisión de los años sesentas, no conocemos caballos conversadores. Claro que no es muy exacto afirmar que los caballos no tienen un lenguaje. La verdad es que sí lo tienen. En la literatura actual ese lenguaje se conoce con el nombre de *Equus* y tiene su propio protocolo y su propia sintaxis. Pero es muy distinto al nuestro y a la forma de comunicación verbal que se ha impuesto gracias a los libros, la radio y la

televisión. La comunicación de los equinos se hace por medio de gestos. Y el lenguaje que expresan a través de esos gestos es perceptible, discernible y predecible. Lo mismo que el nuestro. Solo que empacado en una forma diferente y, aparentemente, sin la complejidad académica del nuestro. Nuestro reto, como adiestradores de caballos, es emparejarnos al nivel de la comunicación de los caballos, para escuchar hasta sus susurros y para que podamos hacerles entender qué es lo que queremos y cómo es que lo queremos. La dificultad, claro, surge por lo difícil que nos resulta renunciar la verbalidad y movernos al plano de los gestos. Es como volver al cine mudo o como jugar mímica. Pero con un caballo.

Entendiendo que debemos utilizar el lenguaje mismo de los caballos para explicarles que no somos tan peligrosos como parecemos y qué es lo que queremos, hay una serie de características de los caballos que es mejor tener presente en el proceso de adiestramiento de un taparito. Muy básicas todas y por ello pueden no sonar tan importantes. Pero, la verdad, es que resulta indispensable que las comprendamos si queremos terminar teniendo una excelente relación con el taparito adiestrado. En términos generales, el comportamiento de los caballos está dominado por cuatro necesidades básicas: alimentarse, permanecer vivo, reproducirse e interactuar socialmente con sus congéneres. De estas cuatro necesidades, las dos que nos importan más desde el punto de vista del entrenamiento son la de permanecer vivo y la de interactuar socialmente con sus congéneres.

No obstante, cabe recordar dos puntos con relación a la necesidad de alimentación. En primer lugar, el exceso de energía y la carencia de fibra en un caballo en entrenamiento es una receta para desastres, especialmente si el taparito permanece encerrado en una pesebrera. Por puro instinto fundamental, el taparito necesita “quemar” esa energía adicional cuando lo sacan de la pesebrera. Y ese desfogue termina interpretándose más como “mal comportamiento” que como error de alimentación al momento de evaluar el desarrollo. En segundo lugar, como buenos carnívoros que somos y acostumbrados a lidiar con perros que estamos, muchos creemos que la mejor manera de “retribuir” el buen comportamiento de un caballo es dándole algo especial para comer. Como una zanahoria, un trozo de panela o un puñado de concentrado. Este gesto bien intencionado es necesariamente malinterpretado por el caballo, como buen herbívoro que es. La hierba, el principal alimento equino, jamás ha salido corriendo huyendo de los caballos. Así, pues, para los taparitos, toda la comida, por definición, siempre está ahí para tomarla y un regalito adicional sólo le enseñará a explorar con los labios y, peor aun, con los dientes los bolsillos y manos de quien le ha dado comida. Adiós refuerzo positivo al buen comportamiento y bienvenida la mal educación.

Con relación a la necesidad de permanecer vivo, debemos comenzar por advertir que cuando un caballo se siente atacado o en peligro, pierde totalmente su capacidad de concentrarse y aprender. El animal de presa que se “distrae” siempre perece. De ahí que, en esos momentos, el caballo sólo pueda pensar en cómo arreglárselas para salir del lío y sobrevivir. Entre más aumente la adrenalina, menor es la capacidad de aprendizaje. Curiosamente buena parte del ritual inicial de la doma tradicional comienza por asustar al pobre caballito tanto como sea posible. Que dizque para descosquillarlos. Vuela la

escoba, vuela el perrero, vuela el costal. Pero lo que realmente vuela como consecuencia de todo este ritual es la adrenalina del pobre taparo. Y, en el proceso, la capacidad de concentración, asimilación y aprendizaje desaparecen por completo. Además, todavía son muchos los montadores que basan su capacidad en su habilidad para producirle miedo al caballo. Basta con mirar las orejas pegadas hacia atrás cuando los montan, para darse cuenta que el caballo realmente está tratando de huir y no está dando al máximo de sí mismo. Si los propietarios fueran realmente conscientes de que el miedo reduce dramáticamente el rendimiento del caballo, quizás no habría tanto abuso de los pobres caballos porque los montadores violentos no tendrían empleo.

Mirada desde otra perspectiva, esta característica de animal de presa del caballo es la razón por la cual los caballos se distraen normalmente. Como son animales de presa, siempre deben estar pendientes del medio ambiente para evitar los ataques. Su capacidad de concentración es, pues, limitada en el tiempo porque sus sentidos tienen que revisar permanentemente el medio que los rodea para poder estar seguros de la supervivencia.

En segundo lugar y también con relación a la necesidad de permanecer vivo, debemos destacar que el caballo es un animal de escape y no de ataque. Está en su naturaleza y ellos mismos tienen su manera de recordárnoslo cuando tratan de comunicarse con nosotros. Siempre que puede, el caballo sale a perderse, evadiendo cualquier peligro que perciba. Solo excepcionalmente puede llegar a atacarnos. Pero si lo hace, lo hace porque no ve que tenga otra alternativa para poder sobrevivir, o porque le enseñaron a hacerlo. En realidad, el caballo siempre tratará de evitar cualquier posibilidad de salir herido o golpeado o con el orgullo mancillado. Sabe que cuando es atacado lleva las de perder y por eso lo domina el síndrome de ataque y retroceso. Cuando piensa que fue “alcanzado” voltea su fuerza hacia quien lo alcanzó. Es su manera de evitar que los colmillos que atacan su costado terminen por rasgar su pellejo. Este síndrome es el que explica por qué los caballos siempre se mueven en contra de la presión. Es un dato de la naturaleza, bastante útil por cierto, con el cual debemos actuar.

En tercer lugar y dentro de este mismo tema de la supervivencia, cabe resaltar que los estudios de comportamiento de caballos han identificado que el “mal temperamento” o el “mal genio” son más prevalentes en los caballos que viven en pesebrera que en los que tienen la posibilidad de pasearse a sus anchas durante segmentos prolongados del día. Para un animal de presa como el caballo, una buena pesebrera es simplemente una jaula que le impide fugarse si algo llegase a pasar. Esta aversión al riesgo es la que hace que los caballos sean extremadamente claustrofóbicos y se pongan tan nerviosos e incluso entren en pánico cuando los amarran con lazos demasiado cortos. Vistas así las cosas, resulta recomendable permitirle largas horas de libertad a los taparos en proceso de entrenamiento, así como facilitarles la mayor visibilidad desde sus pesebreras. Igualmente, debemos revisar la costumbre de amarrar corto a los caballos, restringiéndoles la capacidad para mirar hacia todos los lados. Sin exagerar, entre más suelto se amarre el caballito, más tranquilo se sentirá y más fácil será su manejo. Recomendaciones sencillas pero importantes. Estos son, quizás, los motivos por los cuales uno encuentra por ahí tantos dueños descontentos y tantos caballos descontentos.

En cuarto lugar y todavía dentro del instinto de supervivencia, cabe resaltar el afán de los caballos por hacer las cosas con el menor esfuerzo posible. No es que sean perezosos. Es que, como buenos animales de presa que son, entre más energía tengan disponible, mayor es la probabilidad de supervivencia. De ahí que siempre busquen el camino de ahorrar su energía, gastando el menor esfuerzo posible en cada una de sus tareas. Si les damos la opción de hacer las cosas más fácilmente y con un menor consumo energético, con seguridad tomarán esa posibilidad.

En nuestra próxima entrega analizaremos las demás características de los caballos que debemos tener en cuenta al entrenarlos, para después explorar distintos caminos que nos permiten entrenar un caballo. ¡Hasta la próxima!